

la monarquía ni por la República. Creyó, con ese grande instinto de conservacion peculiar á los pueblos, que sólo era consultada sobre la guerra ó la paz, y votó por la paz. Mas en su mismo voto fundamental iban contenidos muchos votos que le eran idénticos. Al votar por la paz, votaba por el principio de la re-dencion del trabajo; votaba por el anatema á la guerra; votaba por el fin de las rivalidades dinásticas; votaba por el comienzo de una gran democracia; votaba, en una palabra, por la República.

Los monárquicos creyeron fácil, una vez instalada su mayoría en la Asamblea, instalar tambien su rey ó sus reyes en el trono. Pero la idea del siglo, la idea que corre como la sávia por las plantas, como el calor por los mundos, descompuso totalmente las maquinaciones monárquicas. Los Consejos generales á una emiten votos por el afianzamiento de la República, los Consejos generales que eran la última esperanza de los monárquicos. Thiers desliza, en una carta de su secretario, cierta especie de manifiesto asegurando su resolucion de defender contra todo amaño las instituciones republicanas deseadas por la nacion. Las conversiones abundan. El duque de Broglie declara que nada puede ya intentarse contra la República establecida. Casimiro Perier, hijo del célebre ministro de Luis Felipe, como haya recibido una visita de los condes de París, anuncia que esta visita de sus antiguos soberanos en nada significa que haya decaído ni un punto su creencia sincerísima en la virtud y en la estabilidad de la República. Los periódicos más influyentes de Lóndres proclaman que la República se establece definitivamente en Francia, y se atrae los votos del mundo entero, mientras las escuadras inglesa y anglo-americana acompañan con sus ilustres pabellones al Presidente de la República en sus viajes por el Océano como contrastando la entrevista de los antiguos reyes con esta noble y efusiva entrevista de los pueblos libres.

Pero hay miles de anomalías en la política francesa que apénas son comprensibles y explicables. Parece que el poder legislativo debe ser mucho más liberal y mucho más popular que el poder ejecutivo. Y sin embargo, en Francia, el poder legislativo es mucho más reaccionario, mucho más enemigo de un gobierno democrático que el poder ejecutivo. Parece que los republicanos debieran apoyar á la Asamblea nacida del sufragio universal; y los monárquicos apoyar al jefe del gobierno, monárquico y de antigua fecha. Y los republicanos se ven obligados á defender al jefe del gobierno, antiguo defensor de las ideas monárquicas; y los monárquicos á la Asamblea nacida del sufragio universal, Asamblea de carácter republicano. Parecia natural que en una República fuese el derecho de reunion completamente libre, y en Francia está bajo la República el derecho de reunion limitado por reglamentos restrictivos. Parecia natural que á lo ménos las reuniones privadas cayeran lejos del alcance de la policia, y en Francia son prohibidas por la policia hasta las reuniones privadas. Parecia natural que se permitiese festejar el advenimiento de la República, y no se permite festejar este fausto natalicio. Pero si la tercera República ha venido entre los desastres de Sedan, y por eso el júbilo puede contrastarse con un patriótico dolor, todavía hay un aniversario, lleno de gloriosas enseñanzas, el aniversario que conmemora la primera República, ante cuyas banderas huyeron los conquistadores, los reyes; y hasta esa fecha jubilosa é ilustre no ha podido ser públicamente conmemorada en Francia. Pues hay más, los saboyanos deseaban festejar la fecha de su anexion á la primer República francesa. Fiesta semejante era una fiesta republicana; pero al mismo tiempo que una fiesta republicana, una fiesta patriótica. Hoy que tantas mermas ha tenido la integridad de Francia, debia consolarla, debia fortalecerla el ver que la tradicion republicana aprieta lazos no muy estrechos de

anexiones recientes. Gambetta, invitado á tan nacional y democrática fiesta, debia decir al pié de los Alpes abiertos por el trabajo humano, cerca del bellissimo territorio de Italia, todo lo que pensaba y todo lo que sentia sobre las relaciones de dos pueblos hermanos y sobre el problema del Pontificado, que tantas sombras y tan espesas arroja entre ambos pueblos, nacidos para una profunda é íntima fraternidad política. Pues todas estas ventajas han sido sacrificadas en aras de una legislacion de todo en todo imperial y cesarista. Urge, urge que Francia anime su tradicional República con el nuevo y vivaz espíritu de la libertad.

¿Y todo esto qué prueba? ¿Qué prueban estas dificultades cogidas al vuelo, unas en mi memoria, expigadas otras en las crónicas de la última República francesa? Prueban la imposibilidad con que las escuelas más brillantes, los hombres más extraordinarios pugnan y chocan para modificar la realidad con sus ideas. ¿Y qué enseñan? Enseñan la necesidad en que estamos de ser precavidos y prudentes, de no sacrificar la parte conseguida y afianzada del ideal por conseguir la realizacion del todo. Trazamos el ideal con puras ideas en el apartamiento de nuestra conciencia; seguimos la política con hechos en la impura realidad. El arte de realizar el ideal es todo el arte político. En cuanto olvidamos los obstáculos y los desconocemos, ¡ay! nos hundimos necesariamente en una reaccion vergonzosa.

Mirad cuántas y cuán vivas fuerzas tiene el partido republicano en Francia. Los antiguos monárquicos doctrinarios se han convertido á la República moderna con Thiers á su cabeza. Los hombres que formaban la extrema izquierda del Cuerpo Legislativo, se han mantenido fieles hasta el fin á una República templada, sensata, equidistante de la reaccion y de la utopia. Los ilustres sábios que llevan la voz de la escuela positivista en la Asamblea de Versalles, como Littré y otros,

lejos de pedir el régimen medio sansimoniano que pedia su jefe, piden lo posible, mantienen lo posible, una República, sí, pero una República que se atenga á las necesidades del momento, y no perezca por su entusiasmo hácia prematuras reformas. Y si de esta suerte procede el positivista Littré, de la misma suerte procede el hegeliano Vacherot. Cuando escribió su libro de la Democracia, dejése llevar de todo el idealismo trascendental, que puede caber en planes puramente científicos. Hasta tocaba al servicio doméstico la prevision de sus reformas. En aquellos dias de prueba escribir un libro así, equivalia á una verdadera temeridad. La prision y la multa siguieron á la idea, como antes el hierro y el fuego. Pero en cuanto la hora de acercarse á la realidad, sonó por la revolucion de Setiembre, el filósofo, conocedor sin duda de la realidad por haber sentido sus espinas, se ha resueltamente afiliado en el partido conservador de la República. Algo análogo ha hecho á su vez el ilustre orador Grevy, aquel diputado sereno en su carácter, sencillo y conciso en su frase, grandemente previsor en la primera Asamblea de la segunda República, cuyo discurso contra la Presidencia fué uno de los timbres de la democracia francesa, cuya reaparicion en el departamento del Jura, al término del Imperio, una de las esperanzas de la libertad, y que adivinando cuánto habian cambiado las circunstancias, ¡enemigo de toda presidencia para la República! propuso y consiguió que fuera elevado Thiers á dignidad tan alta. Lo mismo han hecho los federales franceses. Han predicado la federacion en libros tan eruditos como los libros de Chassin; y en actos tan importantes como los congresos de Ginebra y de Berna en que tanta influencia tuvo Barni; y en folletos tan populares como el folleto de Laboulaye, que bajo el título de *Paris en América*, ha recorrido Europa entera. ¿Mas qué han hecho en la Asamblea? ¿Se han empeñado por ventura en rea-

lizar como políticos la federación que habían predicado como publicistas? No. Todos ellos están en la Asamblea ó en la prensa francesa; todos han dicho que el exceso de unidad daña á Francia; pero todos ellos comprenden que si locamente se empeñaran en sostener su República federal, matarían la República unitaria, y no sostienen aquello que juzgan imaginario é imposible en las presentes circunstancias. Hasta los mismos socialistas han renunciado á la realización de sus utopías, advertidos, aunque tarde, por los sucesos; aleccionados por una larga y dolorosa experiencia. Nadie diría que Luis Blanc está en la Asamblea de Versalles. El fogoso tribuno de 1848 ha puesto, como dicen los franceses en lenguaje familiar, mucha agua en su vino. Y este soñador no truena contra los explotadores del trabajador, no se indigna contra la tiranía del capital, no propone que se cree un ministerio del Progreso, para resolver inmediatamente las cuestiones sociales; se resigna á los expedientes largos de una Asamblea y se daría por satisfecho con el afianzamiento de la República, habiendo votado muchas veces á favor de Mr. Thiers, del representante de las clases medias, á quien tanto denostara en sus discursos y en sus libros. Y lo que digo de Luis Blanc, digo también de Tolain. Es un trabajador y ha difundido las ideas apocalípticas de su clase. El Imperio le persiguió como á una fiera; y él atacó al Imperio. En los congresos de la democracia, en esos Concilios de la libertad, ha levantado su voz protestando contra las injusticias sociales y extendiendo sus ideas hasta los confines de la utopía. Y ahora que está en la Asamblea de Francia, sostiene la propiedad individual, la República posible, separándose de aquellos que en la revolución última de París desacreditaron una y otra

causa. ¿Qué había de hacer, cuando Chaudey, el testamentario de Proudhon, el gran propagandista, el republicano íntegro, cae y muere á los tiros de los comuneros en las calles de París, que había ilustrado con su palabra, y había contribuido á redimir con sus titánicos esfuerzos? La misma escuela radical, como hemos visto por los discursos de Gambetta, por los libros de Naquet, quiere reformas que caben dentro de la presente legalidad.

¿Y por qué sucede esto? Porque el partido republicano ha pasado ya de la época utópica, de la época heroica; y ha entrado en la época humana, en la época de la realidad. Y para esta época no há menester tanto de filósofos que piensen, de oradores que divulguen el pensamiento, de héroes que pugnen allá en los campos de batalla y en las calles de las grandes ciudades como de hombres prácticos, de estadistas experimentados, que estudiando la realidad y sus obstáculos, sepan modificar aquella con lentitud, vencer estos con tenacidad, y no den esos saltos mortales hácia adelante ó hácia atrás, que han sido causa primera de nuestra ruina y de nuestra deshonra durante largos años. Los conspiradores han tenido fé, constancia, heroísmo, sed de martirio; pero con todas estas brillantes calidades, han perdido cien veces la República y han retardado el único progreso seguro, el progreso pacífico. Y estamos muy escarmentados. Las páginas que van á seguir y en las cuales nos proponemos historiar la decadencia del último imperio francés y el advenimiento de la tercera República francesa, demostrarán mejor que todos cuantos argumentos pudieran aducirse, la necesidad que tenemos de una política templada, si hemos de impulsar el movimiento republicano en toda Europa.

CAPITULO XLVII.

DECADENCIA DEL ÚLTIMO IMPERIO.

Los años 1868 y 1869, son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del Emperador. Cada uno de los pasos que dá, es verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma, verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna que le sonriera con venenosa sonrisa en los primeros días de su Imperio.

Inmediatamente después de la guerra de Italia, todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto s6lio que los reyes le habían erigido en el tratado de 1815, y destronada por el sable de un Bonaparte contra quien aquellos tratados se escribieron; Italia, si no satisfecha, reconocida al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardía libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo

por un plebiscito á engrandecer para el Emperador su Imperio y para los franceses su patria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono por la mano del César, tan fuerte, que así podía encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes.

Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que empezara la guerra y la sobra de ardides diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel Emperador y de aquel Imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un día se engañan, si otro día tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta; y me arrancáis mis hijos sin tenerme compasión, le di-